

ÁLVAREZ BORGE, Ignacio

Ascenso social y crisis política en Castilla c. 1300. En torno a Juan Rodríguez de Rojas y su grupo familiar.

Ediciones Universidad de Salamanca.

Salamanca, 2019, 284 pp.

ISBN: 978-84-1311-118-6

Castilla (*Poder y relaciones sociales en Castilla en la Edad Media. Los territorios entre el Arlanzón y el Duero en los siglos X al XIV*. Salamanca: Junta de Castilla y León, 1996), los merinos mayores (*Cientelismo regio y acción política. Los merinos mayores de Castilla en el reinado de Alfonso VIII (1158-1214)*. Murcia, Sociedad de Estudios Medievales, 2013) y los Rojas («Poder local y poder central. Servicio al rey y desarrollo patrimonial en Castilla en el siglo XIII. El merino Fernán González de Rojas y sus descendientes», *Edad Media*, vol. 18 (2017), pp. 146-176) son tres elementos inextricablemente asociados a la obra de Ignacio Álvarez Borge, por lo que no sorprende encontrarlos de nuevo en su libro más reciente. *Ascenso social y crisis política en Castilla c. 1300* ahonda en temas que resultarán familiares para aquellos que conozcan anteriores trabajos del autor, a la par que presenta nuevas cuestiones, como el ascenso social a la ricahombría. A través de Juan Rodríguez de Rojas I (m. 1310) y su familia, esta obra analiza la Castilla de las merindades y el papel social y político de los caballeros, una nobleza media de carácter regional. Es decir, un estudio exhaustivo y meticuloso de la documentación de la zona, combinado con otras fuentes, como la crónística regia, le permite a Álvarez Borge trascender el estudio genealógico y prosopográfico de los Rojas para ilustrar sobre aspectos fundamentales de la nobleza castellana a caballo entre los siglos XIII y XIV.

El primer capítulo sirve de introducción al tema y a los principales debates historiográficos. Desde un primer momento queda claro el propósito del autor de realizar una «biografía modal-social» (François Dosse) o una «monografía familiar» (Martin Aurell), pues sólo uno de los seis capítulos del trabajo se centra en la figura de Juan Rodríguez de Rojas I. Así, este personaje comparte protagonismo con sus familiares coetáneos y con sus antecesores y sucesores (hasta 160 individuos son documentados entre 1200 y 1350 por el autor), situación que refleja la estructura de las parentelas nobiliarias de la época. En ese sentido, Álvarez Borge prefiere hablar de grupo familiar en vez de linaje, pues no predominaba una noción de primogenitura ni había una sucesión agnaticia. Los Rojas, por tanto, constituían un ejemplo paradigmático de una nobleza regional cuyo patrimonio excedía el ámbito local y comarcal, tenía derechos señoriales en las behetrías y ostentaba cargos en el gobierno territorial. Esta participación en política va a propiciar su ascenso social, ya que Juan Rodríguez de Rojas I va a alcanzar la dignidad de ricohombre. Esta promoción da pie al autor a realizar un sugerente recorrido sobre la ricahombría, una cuestión poco analizada por la historiografía, y los elementos que la caracterizaban. En particular, las páginas destinadas al significado de tener *pendón et caldera* resultan especialmente luminosas.

Álvarez Borge cuestiona las obras de los genealogistas barrocos, plagadas de inexactitudes e invenciones, por lo que su recorrido sobre los orígenes del grupo familiar arranca en el siglo XIII (capítulo 2), cuando el suelo es más firme. A través de dos documentos de 1217 y 1223 perfila un extenso grupo familiar cuya proyección va más allá de la Bureba. Algunos de sus miembros ya tienen un importante peso social y político, como

Fernán González de Rojas, merino mayor de Castilla durante los reinados de Fernando III y Alfonso X, sobre el que el autor ya realizó un trabajo específico. Este grupo tiene conexiones familiares o sociales con otras familias, como los Carrillo o los Velasco, respectivamente, que muestran también el importante papel jugado por las mujeres en la transmisión de bienes y la identidad familiar, cuestión que volverá a reaparecer a lo largo de la obra.

Un sencillo y eficaz sistema de letras y números diferencia a las distintas ramas y generaciones de la familia, lo que facilita al lector transitar por el árbol genealógico de las Rojas pese a su complejidad y la tradicional homonimia, dificultad añadida de este tipo de trabajos. Dicho sistema adquiere un especial valor en los capítulos 3 y 4, en los que se analizan los ascendientes y familiares más cercanos de Juan Rodríguez de Rojas I y otras ramas de la familia. Su padre, Ruy Díaz III el Gallego, hermano de Fernán González de Rojas, poseía un sólido patrimonio entre Palencia y la Bureba, aunque también debía tener alguna conexión con Galicia, cuestión que tendría importancia para sus descendientes. Además, estaba vinculado a Gonzalo Núñez de Lara. Las conexiones con este importante linaje de ricoshombres constituyen un elemento que comparten muchos miembros de la parentela de los Rojas, lo que también explica su importante papel político. La intervención en los principales eventos del período es otra constante en la biografía de estos nobles. De ese modo, varios miembros de la familia tienen una presencia destacada en algunos de los acontecimientos más señalados de estos años, como la Hermandad de 1315, la rebelión contra Alvar Núñez de Osorio de 1328 y la coronación de 1332. Por otro lado, aunque las principales figuras de la familia siguieran centradas en Castilla, como

Fernando Ladrón de Rojas, quien también ejerció como merino mayor en 1331-1332 y tenía fama de *forero*, por su conocimiento de las leyes y quizás por su sentido de la justicia, parte de los Rojas se expandieron por Andalucía y Murcia. La expansión e importancia del grupo familiar a finales del siglo XIII queda reflejada por el hecho de que incluso los primos de Juan Rodríguez de Rojas adoptaran el apellido materno (eran hijos de su tía, Elvira Díaz) en lugar del paterno Olmos.

Tras este recorrido familiar, el capítulo 5 se centra ya en exclusiva en Juan Rodríguez de Rojas. En él se analizan sus propiedades y rentas, que se extendieron desde Soria hasta las merindades más occidentales si se incluye a los situados y sus conexiones familiares con los Velasco, Manrique o Laso de la Vega. El estudio de sus vasallos u oficiales, cuya separación resulta ardua de precisar, ilustra, además de los problemas de documentación existentes, la difícil tarea de deslindar la esfera señorial del poder regio. Es, no obstante, la cercanía a los monarcas, reflejada en los numerosos cargos que desempeñó dicho personaje, el elemento central del análisis. Juan Rodríguez ostentó el cargo de merino y adelantado mayor de Castilla (1293-1301), aunque también fue teniente de la justicia por el rey en Asturias y Galicia en 1286 y merino mayor de esta última región en 1286-1287, lo que vuelve a sugerir la conexión con dicho territorio que tendría su padre. Junto a estos oficios, Juan Rodríguez fue elevado al estatus de ricohombre por la monarquía, aunque se desconoce el momento en que sucedió. Sus hijos no heredaron dicha condición, pero estaba claro que no estaba exclusivamente ligada a su labor como merino o adelantado, ya que la mantuvo tras ser cesado en 1301. La pérdida del cargo, la primera vez en que se documenta un cese de este tipo, se asocia con su negativa a proteger los derechos del

monasterio de las Huelgas de Burgos frente a otros nobles. Sin embargo, Álvarez Borge sugiere, con buen criterio, que este tipo de situaciones no eran tan anómalas ni tan gravosas para el monasterio, lo que podría indicar que hubo otras causas detrás de ese cese, sobre todo los importantes cambios políticos que se produjeron entre 1300 y 1301, momento en que se recompuso el mapa de las facciones nobiliarias que apoyaban a Fernando IV.

Pese a no heredar el estatus de su padre, los hijos de Juan Rodríguez de Rojas siguieron teniendo un papel importante en el reino (capítulo 6). Juan Rodríguez II fue justicia mayor y alguacil de la casa del rey, además de mayordomo mayor del infante Pedro, tío de Fernando IV. Fue asesinado en 1324 por Juan el Tuerto, hijo del infante Juan, lo que indica que sería partidario del infante Felipe, hermano del ya difunto Pedro. De manera llamativa, Lope Díaz de Rojas, quien se convirtió en el principal miembro del linaje en las décadas centrales del siglo XIV, comenzó su carrera vinculado al asesino de su hermano. No obstante, pronto pasaría a la esfera regia, desempeñando numerosos cargos territoriales, ya que fue merino mayor de Castilla (1332), Galicia (1342-1343) y Guipúzcoa (1345-1353). Su presencia en Galicia vuelve a remitir a la conexión de su abuelo con ese territorio, mientras que la de Guipúzcoa indica sus relaciones familiares en esa zona con el linaje de los Guevara por vía materna. Lope Díaz terminó concentrando los derechos señoriales de su rama familiar, como demuestra su destacada presencia en el *Libro Becerro de las Behetrías*. Eso no significa que la herencia fuera un proceso sencillo o directo. Por ejemplo, su posesión sobre el castillo de Rojas fue puesta en cuestión por García Laso de la Vega II en 1334, quien lo reclamó por su

matrimonio con Urraca Rodríguez de Rojas, hermana de Lope. Dicho conflicto se encajaba con el enfrentamiento entre Alfonso XI y don Juan Manuel, ya que García Laso y Lope Díaz eran vasallos, respectivamente, de cada uno de ellos. A pesar de ello, el noble se reconcilió con el monarca poco después y, tras ser partidario de los infantes de Aragón durante el reinado de Pedro I, sus sucesores apoyarían a los Trastámara, gozando de un papel destacado en el reino. En 1530, Juan de Rojas, descendiente de Juan Rodríguez de Rojas, se convirtió en marqués de Poza (Cuadro 33, p. 212).

Este recorrido de 150 años concluye con unas reflexiones y apuntes para el futuro y con una serie de anexos que reúnen y clasifican el centenar largo de individuos que han aparecido a lo largo de la obra. En estas páginas se concentran una serie de ideas muy interesantes que quizás merecerían un análisis más pormenorizado o alguna reflexión más extensa, si bien tal vez excederían los límites del presente libro o necesitarían trabajos adicionales. Por ejemplo, sería sugerente desarrollar si el ascenso social de Juan Rodríguez de Rojas I representaba un caso excepcional o reflejaba una tendencia de esa época, como don Juan Manuel lamentaba en sus escritos. Otra cuestión muy interesante sería ahondar en la relación entre estos caballeros y los Lara (u otros aristócratas, como don Juan Manuel), sobre todo en las consecuencias (u oportunidades) que se derivaban de los periodos en que estos magnates se enemistaban con el monarca. Asimismo, la notoria participación de los Rojas en la Hermandad de 1315 y en la coronación de 1332, cuestión señalada y que queda reflejada en los anexos, tal vez podría haber recibido mayor atención, ¿había alguna otra familia con tanta representación? ¿Su omnipresencia indicaba que los Rojas eran la punta de

lanza de la nobleza media castellana? En ese sentido, resulta llamativa la muerte violenta que muchos miembros de esta familia tuvieron, ya fuera como resultado de conflictos internos (Juan Rodríguez de Rojas II) o de campañas militares (Ruy Díaz Cencerro y Sancho Sánchez de Rojas perdieron la vida en el asedio de Gibraltar y la batalla de Nájera, respectivamente). Esta situación indica no solo el papel político de primer orden de esta familia, sino también la vertiente militar del mismo. Por tanto, también se puede reflexionar sobre si era esta nobleza media la que sostenía, y sufría en primera persona, las ambiciones de sus señores.

En definitiva, esta investigación profundiza en la línea y metodología desarrollada por el propio autor y por el tristemente desaparecido Carlos Estepa, a quien la obra está dedicada. Al mismo tiempo, este trabajo también ofrece un modelo de referencia para

futuras investigaciones incluso en otros espacios. El uso combinado de fondos monásticos locales con la cronística regia, el *Libro Becerro de las Behetrías* y los excepcionales registros de cancillería de Sancho IV, cuyo gran potencial el propio autor ha demostrado recientemente («Sobre nobleza, rentas regias y señoríos en Castilla la Vieja c. 1290-c. 1350». *Anuario de Estudios Medievales*, vol. 50, n.º 1 (2020), pp. 31-59), ofrece una vía con la que paliar el acusado vacío documental del periodo. De ese modo, el autor consigue con creces su objetivo, pues la historia de los Rojas permite adentrarse en temas cruciales, como el ascenso a la ricahombría y el papel fundamental de los caballeros, una nobleza media que conectaba la corte regia con el ámbito local, que no siempre han recibido la atención que merecen.

Fernando Arias Guillén